

Etica y Globalización



<http://ses.me.gov.ar>

El 19 de mayo de 2000, la Universidad Nacional de Buenos Aires distinguió con su título máximo, el Doctorado Honoris Causa, al S.E. el Presidente de la República de Chile, Dr. Ricardo Lagos Escobar. En este marco, el Dr. Lagos dictó una clase magistral sobre *Etica y Globalización*. La ceremonia se realizó en la Facultad de Derecho de la UBA.

Aquí se reproduce la clase magistral del Presidente chileno, Dr. Ricardo Lagos.

Etica y Globalización

Clase Magistral de S.E. el Presidente de la República de Chile, D. Ricardo Lagos Escobar, al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de Buenos Aires

Señor Rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires, autoridades académicas:

Agradezco muy hondamente esta distinción que viene de una Universidad con el prestigio de la Nacional de Buenos Aires, con la cual se ha querido honrar al Presidente de Chile.

Agradezco también a muchos de los que se encuentran en esta audiencia, con los cuales me he cruzado en distintos momentos de la vida, en la academia, en la política, en definitiva, en el transitar de un ciudadano con intereses en los temas públicos de nuestro continente.

Este reconocimiento tiene una significación especial, tanto por la trayectoria académica de la institución que la otorga, como por la vinculación -que aquí se ha recordado- a esta ciudad.

Fuimos acogidos con mi familia en Buenos Aires, como muchos de ustedes lo saben, cuando salimos de Chile. Aunque según algunos la cordillera es separadora, en este caso se mantuvo, en cierto modo, la tradición en la cual la cordillera ha servido como línea divisoria para acoger el pensamiento cuando en alguna de nuestras latitudes el pensamiento tiene que emigrar; en estas situaciones la cordillera se ha erigido como un escudo para permitir que el pensamiento pueda seguir floreciendo del otro lado de la misma.

Es una distinción que valoro, señor rector, porque, como lo ha recordado Carlos Portantiero, buena

parte de mi vida estuvo vinculada al sistema universitario de mi país.

Globalización y Universidad

He pensado mucho sobre el tema de las universidades en nuestro continente, lo que ellas han significado en ese largo proceso de gestación de nuestras naciones. Es muy difícil explicar el crecimiento de nuestros países sin dar cuenta de la forma en que las universidades fueron determinantes para la construcción del Estado Nacional.

En cierto modo, a medida que nos asentábamos en nuestro territorio como naciones independientes, intuyeron nuestros antepasados que sin la capacidad de desarrollar ciencia, cultura, conocimiento, construiríamos sociedades a las cuales les faltaría el alma misma. Eso es lo que ha sido esta Universidad Nacional, como otras, en Argentina. Eso es lo que ha sido en Chile la Universidad de Chile, desde su fundación.

Por ello creo que las universidades de nuestra América Latina tienen un papel irremplazable que cumplir para la próxima etapa que debemos emprender. Si ellas no lo cumplen, habrá una pérdida que después vamos a lamentar, porque es allí donde tenemos mucho que recibir de nuestro actual sistema universitario.

Por eso pienso que la sociedad tiene que hacer posible el trabajo universitario en las condiciones adecuadas, y la universidad tiene que servir al país en sus diversas circunstancias. Siempre ha sido así. Siempre toda sociedad ha necesitado de un ente que sea capaz de estudiar y escudriñar a la sociedad desde sí misma.

En el Egipto de los faraones era tal vez la clase sacerdotal la que pensaba la sociedad. Claro, una parte de la riqueza que dejaba el légamo del Nilo se entregaba para pensar la sociedad de los faraones.

Es eso, de a ratos, lo que se nos olvida: que la universidad no solamente forma jóvenes, sino que es esencial para el desarrollo del pensar profundo de nuestras sociedades.

Y es aquí donde me parece que hoy la universidad tiene que servir y aportar. Hoy creo que el gran desafío que tendremos en este siglo que se inicia es este fenómeno del cual todos hablamos tanto, la globalización, este cambio cualitativo en la ya antigua vinculación de nuestros países con el acontecer internacional.

Sabemos que hoy la pregunta relevante no es si participar o no en la globalización, porque el aislamiento no es una opción realista, pero algunas formas de incorporación son mejores que otras para nuestros países. No da lo mismo cómo nos incorporamos y cómo enfrentamos este fenómeno. Es aquí donde creo que las universidades tienen mucho que aportar.

Y quisiera, entonces, esta tarde, como una forma de retribuir esta distinción, hacer una brevísima reflexión sobre tres elementos: en primer lugar, cuáles son los elementos éticos que hay tras este

fenómeno; en segundo lugar, cuál es el aporte que tenemos que hacer, desde el punto de vista de las políticas para enfrentar el fenómeno; y por último, cómo preparamos intelectuales y profesionales para la altura de este desafío.

Un criterio ético para la globalización

En primer lugar, es necesario pensar cuál sería un criterio ético para enfrentar la globalización. ¿Por qué lo digo? Porque en el pasado creo que hizo mucho daño una visión simplista e ingenua de la modernización, y creo que, de a ratos, esto se repite con la globalización.

Al igual que con la modernización, que todo lo podía, con tanta frecuencia como poco fundamento, se supone que la globalización es un proceso inexorable y que sólo obedece a su propia lógica. Se la puede alabar o denostar, pero se supone que somos incapaces de modificarla en su esencia. Se es enemigo o cómplice de la globalización, resignando así la posibilidad de comprometer nuestra libertad de modo lúcido y voluntario, y sesgando la definición de la agenda pública.

Esta conclusión, que el fenómeno está allí y que nada podemos hacer, nos llevaría a desesperar del humanismo mismo que hay en cada uno de nosotros.

En cambio, como señala Octavio Paz, hay tantas modernidades como sociedades. Me atrevería a decir que hay tantas globalizaciones como sociedades la enfrentan. Allí es donde me parece que está también la posibilidad de interactuar e incidir. Incidir en aspectos políticos, tecnológicos, científicos, productivos, culturales, comunicacionales y sociales; vemos cómo entre nosotros la globalización es un proceso fracturado y espasmódico. No es extraño, entonces, que existan yuxtaposiciones penosas e incluso grotescas. No hay algo inevitable en la combinación o la secuencia de ellos. Quisiera sostener que hay espacio para establecer políticas públicas que mejoren la forma en que nuestras sociedades se incorporan a este fenómeno. Y si hay espacio para incidir, entonces tiene que haber un criterio ético para fundar dichas políticas, que la incidencia que hagamos en el fenómeno al cual estamos abocados en el futuro próximo, tiene que tener un fundamental ético y moral.

Aquí tenemos que ser capaces, a partir de la razón, de percibir una diferencia entre lo que existe y lo que podría existir; una tensión que viene de siempre entre ser y deber ser; la posibilidad de llegar a ser algo distinto de lo que somos o que las cosas que se nos presentan como inmutables sean de otra manera. Nuestra capacidad de incidir en el fenómeno es lo que tenemos que reivindicar a partir de lo que hagamos aquí en la universidad.

Vemos que en algunos medios está en discusión la posibilidad misma de argumentar, la posibilidad de encontrar una respuesta. ¿Cómo discutimos la agenda de las políticas públicas frente a la globalización?

Sostengo que el ejercicio de la razón posibilita la crítica de lo que existe y la exploración de alternativas. Para que la razón encuentre un freno en sí misma a sus errores potenciales, lo importante es que ella pueda expresarse libremente. La verdad, hemos aprendido, tiene muchas caras, no es

monopolio de nadie, por intensamente que dicha persona sienta respecto de su verdad. Esto es pluralismo, esto no es relativismo.

El imperativo ético tiene que ser racional, debatible, no subjetivo o producto de algún voluntarismo. Para ello este imperativo tiene que poder ser formulado como una regla moral general, no como expresión de los intereses de un grupo o sector.

A nivel individual, claro, existe un imperativo moral categórico, conforme al cual cada uno actúa reconociendo a los demás como fines y no como medios, y de modo que la norma de la acción propia pueda ser una ley universal, tratando a los demás como se espera que lo traten a uno.

Este imperativo moral categórico admite distintas formulaciones en el ámbito social. Las políticas públicas deben tener como principio rector el que nuestras sociedades deban generar una creciente igualdad de oportunidades a cada uno de sus hijos, independiente de su condición.

Fue a partir de este principio rector que usamos a la educación como el elemento central para igualar oportunidades en nuestras sociedades en el siglo XIX y XX, y fueron las universidades el elemento superior de la igualdad de oportunidades en nuestras sociedades.

Esta creciente igualdad de oportunidades es un aumento de libertad para las personas en lo social, en lo económico, en lo político, en lo cultural. Representa una modalidad de habilitación para ellas, para su futuro inmediato. Es lo contrario de una ideología centrada en una explicación o en un punto de vista absoluto o excluyente.

Este imperativo social también tiene que regir entre los países, de modo que también entre los países exista una norma de acción propia que pueda ser una ley universal, tratando a los demás como se espera que lo traten a uno.

Es en este tema donde creo que hay mucho por hacer: tiene que haber una institucionalidad internacional multilateral y un mejor sistema de reglas compartidas sobre diversos temas. Ciertamente sobre comercio internacional, pero también sobre otros temas, como derechos humanos, población, desarrollo social, derechos de la mujer, etc.

En otras palabras, si vamos a abordar el tema de la globalización, es indispensable que nos planteemos cuáles van a ser las reglas de esa globalización. Las reglas incipientes que hoy tenemos no son suficientes. La mejor demostración es lo ocurrido recientemente en la última reunión mundial en Seattle, donde distintos grupos de la sociedad civil, a partir del reconocimiento de lo que existe, exigieron normas y regulaciones de una globalización que, si no tiene normas con fundamentos éticos, va a predominar la vieja ley por la cual las sociedades más fuertes imponen sus puntos de vista sobre las sociedades más débiles.

¿Cómo pensamos esta nueva forma de encarar el fenómeno de la globalización para que pueda tener principios y fundamentos éticos en donde los distintos países y sociedades tengan posibilidades de llegar a ser?

Políticas para la Globalización

Creo que sería muy ingenuo pensar que la simple prédica de igualdad de oportunidades a nivel internacional va a fortalecer una mejor trayectoria nacional.

Por eso creo que tienen que haber cursos de acción, flujos de información, desarrollados en el ámbito público, en las universidades, en las comunidades, en el sector privado, que puedan plantear elementos para avanzar.

Allí que las propuestas deben expresarse en políticas públicas, esto es, cursos de acción y flujos de información -desarrollados por el sector público, la comunidad y el sector privado- con relación a un objetivo público, incluyendo orientaciones o contenidos, instrumentos y mecanismos y definiciones o modificaciones institucionales.

Una razón meramente tecnocrática no nos va a dar la respuesta. Tenemos que ser capaces de pensar en el largo plazo.

Creo que una trayectoria óptima podría tener, por lo menos, dos características. Primero, cómo la hacemos de una manera integrada, esto es, considerar todos los aspectos del fenómeno. Las políticas de globalización tienen que referirse a todos sus aspectos, tecnología, economía, cultura, política y medio ambiente. Pretender que sólo vamos a abordar las reglas en el ámbito económico es absolutamente insuficiente, no obstante, eso es lo que hoy aparece como el aspecto central.

Un enfoque parcial, qué duda cabe, va a ser tremendamente ineficaz y va a generar desequilibrios internos. No es seguro que un país con islotes o retazos globalizados pueda avanzar. Los países o avanzan todos o no avanzan, y mi temor es que el fenómeno de la globalización significa que al interior de nuestras sociedades empiezan a surgir segmentos y grupos humanos vinculados al fenómeno, y otros segmentos y grupos humanos que quedan atrás del fenómeno.

Es allí donde la globalización opera con un elemento adicional que fractura nuestras sociedades. Una sociedad al interior de nuestros países, entre los sectores que se globalizaron y los que quedaron detrás, es una sociedad, a la larga, con tremendas tensiones sociales, con tremendas diferenciaciones que van a hacer imposible que pueda funcionar a futuro.

De hecho, la historia de América Latina está llena de ejemplos de situaciones de una heterogeneidad estructural -como la llamábamos antes-, que no se disuelve en una modernización compartida, sino que, por el contrario, se reproduce y profundiza. Si sólo nos alcanza para una globalización selectiva, para unos pocos, ¿qué precio vamos a pagar entonces?

La segunda característica es cómo nos orientamos a generar y mantener diversos bienes y servicios públicos al alcance de todos. Se trata de bienes que, siendo indispensables para una inserción exitosa en

el mundo de hoy, es previsible que su oferta sea insuficiente sin la participación activa del ámbito público, es necesaria una provisión exclusiva por parte del sector público. El Estado puede formular, gestionar y evaluar políticas para que puedan participar todos.

Si el desarrollo tecnológico está en el centro del proceso de la globalización, debemos tener la capacidad de dominar las nuevas tecnologías, negociar contratos, copiar desarrollos y gestionar el proceso de innovación. Para ello se requiere un sistema educacional y de investigación de calidad mundial, así como metas nacionales de gasto en innovación y desarrollo.

Es en este contexto que quiero señalar aquí que la ciencia básica es un recurso estratégico, no es un lujo. Creo que la vieja distinción entre ciencia pura y aplicada es una distinción que en el mundo de hoy no tiene sentido. O investigamos y hacemos ciencia o no participamos del mundo que se abre ante nuestros ojos. Y es aquí donde me parece tan importante el rol del sistema universitario en nuestros países.

En el terreno económico, los gobiernos nunca han podido elegir a gusto qué tasas de interés o niveles de producción y empleo les parecen adecuados, esto nos viene dado, como recordábamos hace poco en la conversación previa a esta ceremonia. Son realidades económicas que hay que reconocer y con las cuales hay que trabajar. Existen límites a nuestras políticas económicas, eso lo sabemos, el principal efecto de la globalización ha sido cambiar la temporalidad y la severidad de las consecuencias de ignorar las restricciones en política económica. Como siempre, la sabiduría económica consistirá en la combinación de políticas que tengan una mejor rentabilidad, pero desde el punto de vista social.

Y por ello es que me parece tan importante, entonces, entender que así como tenemos que adaptar nuestras políticas económicas a un mundo global, tenemos también que entender que ese mundo global nos obliga a repensar muchos elementos al interior de nuestros países.

Por eso el campo de las políticas redistributivas tradicionales se angosta, pero se abren otras posibilidades mediante el aumento de la productividad. Buenos empleos y remuneraciones crecientes señalan un camino de desarrollo nacional. Muchas veces en nuestras sociedades esto aún está inexplorado. Las discusiones sobre distribución del ingreso siguen ancladas, de a ratos, en los años sesenta; falta proponerse disminuir la heterogeneidad entre sectores y regiones de nuestros países.

Y en el ámbito cultural, qué decir. Allí, el aumento de las comunicaciones opaca las diferencias entre los países, pero también afecta la propia identidad nacional. Algunos celebran la recepción de mensajes culturales no tradicionales, y otros lamentan la pérdida de los valores tradicionales. ¿Cuáles son las políticas públicas que definimos frente a este fenómeno que está allí, para quedarse?

Por otra parte, es claro que hay que facilitar el acceso a comunicaciones, incluyendo, por cierto, el cómo somos capaces, de aquí a un tiempo breve, de tener un correo electrónico para cada uno de los habitantes de nuestros países. Eso nos va a presentar posibilidades impensadas de cómo entendemos la política, porque allí vamos a tener la posibilidad de generar, en este mundo globalizado, cambios electorales que son contagiosos, y eso me parece muy importante.

Lo que ha ocurrido en materia de enjuiciamiento a las violaciones a los derechos humanos, también empieza a globalizarse, mediante convenciones y cortes internacionales especializadas. Y lo mismo respecto al medio ambiente.

El tema es ¿quién va a poner las reglas en cada una de estas materias? ¿En qué foro, qué países, qué gobernantes, qué gobernados, en qué espacio se definen las reglas internacionales en materia de medio ambiente o derechos humanos? Podemos decir que nos gusta la transparencia de nuestros sistemas políticos. ¿Cuándo un sistema político deja de serlo o cuándo va en el buen camino?

Es aquí, entonces, donde podemos concluir que la globalización puede ser una amenaza para América Latina si nuestras políticas son confusas e insuficientes, pero también está la posibilidad de lograr que favorezca el desarrollo y el bienestar si nuestros países tienen políticas claras, que busquen incidir en la configuración de las reglas por las cuales la globalización se va a definir en este siglo.

Eso es lo que me parece esencial que está detrás del esfuerzo de nuestros países de América Latina, el pensar en común frente a estos temas, porque si pensamos en común, podremos tener una voz que tal vez pueda incidir en las reglas de este fenómeno con el cual vamos a tener que vivir.

Para ello es necesario que la democracia asegure que todas las opiniones e intereses estén representados en la agenda pública y que las políticas públicas sean óptimas también desde un punto de vista técnico. Y las universidades tienen mucho que aportar en este terreno.

Por ello me parece tan importante el que en una democracia se asegure que todas las opiniones e intereses puedan estar representados en la agenda del debate. Y, en consecuencia, es allí donde hay que asegurar que la opción que emerge del seno de la universidad pueda también ser una opción que pueda aportar en este campo.

Los estudios de posgrado

Creo que en este nuevo mundo que se abre ante nosotros, lo que las universidades tienen que atreverse a apostar es cómo somos capaces de avanzar hacia los estudios de cuarto nivel.

Es cierto que hemos avanzado mucho, pero me parece también que la modernización y globalización son conocimiento, y el conocimiento en el mundo universitario de hoy plantea tremendos desafíos a nuestras propias universidades. Estamos entrando a la era en que la expansión de nuestras universidades tiene que ser más cualitativa que cuantitativa. En el XIX y XX el gran desafío era cómo expandíamos el sistema universitario. Se expandió. Tenemos un sistema universitario que cubre a buena parte de nuestros estudiantes que egresan de enseñanza media, pero hoy el conocimiento no lo da la universidad sólo con los estudios de tercer grado, sino precisamente es en el posgrado donde está la frontera del conocimiento y a donde tenemos que apuntar. Y es allí donde creo que estamos atrasados.

Entiendo que hacia el año '97 Argentina tenía menos de 5.000 alumnos en el doctorado, y Chile menos de 1.000. Esa falta de masa crítica es dramática. América Latina en su conjunto produce sólo el 1% de la ciencia en el mundo. Con estas cifras ¿cómo podemos competir seriamente en el mundo del conocimiento?

Claro, uno llega acá y reconoce los tres Premios Nobel que ha tenido Argentina, Leloir, Houssay y Milstein, pero en un mundo globalizado las universidades no sólo compiten entre ellas a nivel nacional, sino fundamentalmente a nivel internacional. El conocimiento que se produce a nivel local es insuficiente. Una institución individual aislada no puede generar conocimiento con la velocidad y profundidad que el cambio requiere.

Hasta ahora nuestras universidades han emprendido esfuerzos de internacionalización, fundamentalmente a través de la formación de posgrado y proyectos de investigación conjunta, liderada por académicos de alto nivel en algunas disciplinas. No nos hemos abierto hacia una cooperación institucional en gran escala. Nos falta desarrollar mucho más una cultura universitaria de cooperación. También sucede que, a veces, tenemos una cultura universitaria de cooperación con centros académicos de países mucho más avanzados que el nuestro, pero no una cultura universitaria de cooperación entre nuestras universidades en la región.

Por eso me parece que tenemos que aprender también de otros. No deja de ser extraño que desde el año 1987 los gobiernos europeos han estado empeñados en favorecer y alentar la cooperación entre las entidades de educación superior en Europa. Nuevas líneas han sido derivadas de esta gran visión de comunidad de naciones, a través de los programas como el Sócrates o el Leonardo.

En nuestra región hemos hablado de movilidad y hemos asumido expresamente un compromiso en este sentido en el Compromiso de Brasilia, suscrito por los ministros de Educación y que forma parte de un Plan Trienal que debemos evaluar.

Yo quisiera que diéramos un paso más largo y más rápido, y me gustaría que fuéremos capaces, entre nuestras universidades y las de aquí de Argentina, de explorar programas comunes de posgrado entre Chile y Argentina, y que nuestros graduados realizaran estudios en este país, y los de ustedes estudiaran en el nuestro.

Nuestras universidades pueden y deben ejercer un liderazgo en este proceso, facilitando la transferencia de créditos académicos para que jóvenes vayan en una y otra dirección. Para que un programa de cooperación interuniversitario a nivel de doctorado funcione, tenemos que acreditar la calidad de los programas que se imparten, este es un componente fundamental en el mejoramiento de la Educación Superior.

Digámoslo con franqueza: en tanto sea sólo en el hemisferio norte, y en una parte de ese hemisferio norte, donde el grueso de la investigación y el desarrollo y los programas de posgrado se desarrollen, nosotros vamos a tener un desarrollo trunco. Nuestra capacidad de incidir en un fenómeno como la globalización se hará cada vez más difícil y complejo, porque nos faltará el elemento central, que es el

conocimiento que está en la frontera del conocimiento, ese conocimiento que está en la punta y que sólo se da en las instituciones de cuarto nivel.

Es aquí, entonces, donde quisiera aprovechar, señor Rector, el estar en esta casa que me acoge con este doctorado que realmente aprecio en todo su valor, para decir sí, quiero recibir este doctorado y a cambio de él quiero lanzar un desafío en presencia del Rector de la Universidad de Chile que nos acompaña en mi delegación. Y en presencia suya, diré que estamos en condiciones, con un apoyo público desde los gobiernos, de generar espacios para que nuestras universidades inicien programas de cuarto nivel y en donde podamos también aquí entender que si hablamos con una sola voz, la voz de la ciencia y la academia, a lo mejor es posible participar de una manera más ilustrada y de una manera más efectiva en los desafíos que como sociedades y países vamos a tener que enfrentar en este mundo globalizado.

Si aquí generamos polos de conocimiento, no me cabe duda que los que ejerzan mañana políticas públicas a nivel internacional, van a estar mucho mejor capacitados para entender que la globalización es una oportunidad y no una desgracia, porque la supimos manejar con la altura que nuestras sociedades se lo merecen.

Como siempre, el comienzo de cada política está en el verbo, en el pensamiento. El verbo y el pensamiento están aquí en las universidades. De aquí tienen que salir las luces para las tareas que tenemos que abordar.

Muchas gracias, rector, por este reconocimiento, muchas gracias a todos ustedes.

* * * * *